

**Claude Gueux**

**Por**

**Victor Hugo**

***Freeditorial*** 

Hace siete u ocho años un hombre llamado Claude Gueux, obrero pobre, vivía en París. Tenía con él una hija que era su querida, y un niño de esa hija. Digo las cosas como son, dejando que el lector saque las moralejas a medida que los hechos las siembren en su camino. El obrero era capaz, hábil, inteligente, muy maltratado por la educación, muy tratado por la naturaleza, pues no sabía leer pero sabía pensar. Un invierno se quedó sin trabajo. No había fuego ni pan en la buhardilla. El hombre, la hija y el niño tenían frío y hambre. El hombre robó. No sé qué robó ni sé dónde robó. Lo que sé es que el resultado de ese robo fueron tres días de pan y de fuego para la mujer y el niño, y cinco años de cárcel para el hombre.

El hombre fue enviado para que cumpliera su condena a la cárcel central de Clairvaux. Clairvaux es una abadía de la que han hecho una bastilla, una celda convertida en calabozo, un altar transformado en picota. Cuando hablamos de progreso, es así como lo entiende y lo ejecuta cierta gente.

Continuemos.

Cuando estuvo allí, lo pusieron en un calabozo durante la noche y en un taller durante el día. No es el taller lo que repruebo.

Claude Gueux, obrero honrado en otro tiempo, ladrón en adelante, tenía un rostro digno y grave, la frente alta, ya arrugada aunque todavía era joven; algunos cabellos grises perdidos entre los mechones negros, los ojos bondadosos y muy fuertemente hundidos bajo un arco superciliar bien modelado, las ventanas de la nariz abiertas, el mentón avanzado, el labio desdeñoso. Su cabeza era bella. Se va a ver lo que la sociedad ha hecho con ella.

Tenía la palabra rara, el gesto poco frecuente, algo imperioso en toda su persona y que se hacía obedecer, aire pensativo, serio más bien que doloroso. Sin embargo, había sufrido mucho.

En la cárcel donde encerraron a Claude Gueux había un jefe de talleres, especie de funcionario adecuada para las prisiones, que posee a la vez algo del carcelero y del comerciante, que hace al mismo tiempo un encargo al obrero y una amenaza al preso, que pone la herramienta en las manos y los grilletes en los pies. Aquél era una variedad de la especie, un hombre lacónico, tiránico, obsecuente con sus ideas, siempre celoso de su autoridad; por otra parte, en ocasiones, buen compañero, buen príncipe, inclusive jovial y bromista con gracia; duro más bien que firme, no razonador con nadie, ni siquiera consigo mismo; buen padre, buen marido sin duda, lo que es un deber y no una virtud; en una palabra: no malvado, sino malo. Era uno de esos hombres que no tienen nada vibrante ni elástico, compuestos de moléculas inertes, que no resuenan al choque de idea alguna, al contacto de sentimiento alguno, que tienen iras

heladas, odios taciturnos, arrebatos sin emoción, que arden sin calentarse, cuya capacidad calórica es nula y que con frecuencia parecen hechos de madera; arden por un lado y están fríos por el otro. La línea principal, la línea diagonal de la índole de ese hombre era la tenacidad. Se enorgullecía de ser tenaz y se comparaba con Napoleón. Eso no es más que una ilusión óptica. Son muchas las personas que se engañan y que, a cierta distancia, confunden la tenacidad con la voluntad y una vela con una estrella. Una vez que ese hombre ajustaba lo que llamaba su voluntad a una cosa absurda, iba con la cabeza alta y a través de todos los obstáculos hasta el final de la cosa absurda. La obstinación sin la inteligencia es la necedad soldada al extremo de la ignorancia y que le sirve de añadidura. Eso va lejos. En general, cuando una catástrofe particular o pública se ha derrumbado sobre nosotros, si examinamos, por los escombros que yacen en tierra, de qué manera estaba construida, descubrimos casi siempre que la construyó a ciegas un hombre mediocre y obstinado que tenía fe en sí mismo y se admiraba. Hay en el mundo muchas de esas pequeñas fatalidades obstinadas que se creen providencias.

Así era el jefe de los talleres de la prisión central de Clairvaux. Así estaba hecho el eslabón con el que la sociedad golpeaba cada día a los presos para sacarles chispas.

Las chispas que tales eslabones arrancan a semejantes guijarros causan con frecuencia incendios.

Hemos dicho que cuando Claude Gueux llegó a Clairvaux lo numeraron en un taller y remacharon a una tarea. El jefe del taller le vio trabajar, le pareció buen obrero y le trató bien. Hasta parece que un día que estaba de buen humor, viendo a Claude Gueux muy triste, pues aquel hombre pensaba siempre en la que llamaba su mujer, le contó, con jovialidad y a manera de pasatiempo, y también para consolarle, que la desdichada se había hecho ramera. Claude preguntó fríamente qué había sido del niño. No se sabía.

Al cabo de unos meses Claude se aclimató al ambiente de la prisión y pareció que ya no pensaba en nada. Había recuperado cierta serenidad severa, propia de su carácter.

Al cabo del mismo tiempo, más o menos, Claude había adquirido un raro ascendiente sobre todos sus compañeros. Como por una especie de convención tácita, y sin que nadie supiese por qué, ni siquiera él, todos aquellos hombres le consultaban, le escuchaban, le admiraban y le imitaban, lo que es el último grado ascendente de la admiración. No era una gloria mediocre ser obedecido por todas aquellas naturalezas desobedientes. Había adquirido ese dominio sin proponérselo. Se debía a la mirada que tenía en los ojos. El ojo del hombre es una ventana por la que se ven los pensamientos que van y vienen en su cabeza.

Poned a un hombre que contiene ideas entre hombres que no las contienen

y al cabo de cierto tiempo, y en virtud de una ley de atracción irresistible, todos los cerebros tenebrosos gravitarán humildemente y con adoración alrededor del cerebro irradiante. Hay hombres que son hierro y hombres que son imán. Claude era imán.

En menos de tres meses, por consiguiente, Claude había llegado a ser el alma, la ley y el orden del taller. Todas las agujas giraban en su esfera. A veces dudaba él mismo de si era rey o preso. Era una especie de Papa cautivo con sus cardenales.

Y, por una reacción muy natural, el efecto de la cual se ejerce en todas las escalas, al ser querido por los presos era detestado por los carceleros. Siempre sucede eso. La popularidad nunca se alcanza sin el disfavor. Al amor de los esclavos acompaña siempre el odio de los amos.

Claude Gueux era muy comilón. Se trataba de una peculiaridad de su organismo. Tenía el estómago hecho de tal modo que la comida de dos hombres ordinarios apenas era suficiente para él. El señor de Cotadilla poseía uno de esos apetitos y le hacía reír, pero lo que es un motivo de jovialidad para un duque, grande de España, que cuenta con cien mil ovejas, era una carga para un obrero y una desdicha para un preso.

Claude Gueux, libre en su buhardilla, trabajaba todo el día, ganaba su pan de cuatro libras y lo comía. Claude Gueux, en la cárcel, trabajaba todo el día y recibía invariablemente por su tarea una libra y media de pan y cuatro onzas de carne. La ración es inexorable. En consecuencia, Claude sentía habitualmente hambre en la prisión de Clairvaux.

Tenía hambre y nada más. No hablaba de ello. Tal era su manera de ser.

Un día, Claude acababa de devorar su magra pitanza y había reanudado su tarea, creyendo engañar el hambre con el trabajo. Los otros presos comían alegremente. Un joven pálido, blanco, débil, se acercó a él. Tenía en la mano su ración, que no había tocado todavía, y un cuchillo. Se quedó parado junto a Claude, como queriendo hablarle pero sin atreverse a hacerlo. Aquel hombre, su pan y su carne importunaban a Claude.

—¿Qué quieres? —preguntó por fin bruscamente.

—Que me hagas un favor —respondió tímidamente el joven.

—¿Cuál?

—Que me ayudes a comer esto. Es demasiado para mí.

Una lágrima rodó por los ojos altivos de Claude. Tomó el cuchillo, dividió la ración del joven en dos partes iguales, tomó una y comenzó a comerla.

—Gracias —dijo el joven—. Si quieres, dividiremos así todos los días.

—¿Cómo te llamas?

—Albin.

—¿Por qué estás aquí?

—Robé.

—Yo también.

Y, en efecto, compartieron la comida todos los días. Claude Gueux tenía treinta y seis años, y a veces parecía que tenía cincuenta, tan severa era su manera de pensar habitual. Albin tenía veinte años, y se le habrían dado diecisiete, tanta inocencia había aún en la mirada de aquel ladrón. Una íntima amistad se trabó entre los dos hombres, una amistad de padre e hijo más bien que de hermano y hermano. Albin era todavía casi un niño, y Claude era ya casi un anciano.

Trabajaban en el mismo taller, dormían bajo la misma clave de bóveda, paseaban por el mismo patio, comían el mismo pan. Cada uno de los dos amigos era el universo para el otro. Parecían felices.

Ya hemos hablado del jefe de los talleres. Ese hombre, aborrecido por los presos, se veía con frecuencia obligado, para que le obedecieran, a recurrir a Claude Gueux, a quien ellos querían. En más de una ocasión, cuando se había tratado de impedir una rebelión o un tumulto, la autoridad sin título de Claude Gueux había ayudado a la autoridad oficial del jefe. En efecto, para contener a los presos diez palabras de Claude valían por diez gendarmes. Claude había prestado muchas veces ese servicio al jefe, por lo que el jefe le detestaba cordialmente. Estaba celoso de aquel ladrón. Sentía en el fondo del corazón un odio secreto, envidioso e implacable contra Claude, un odio de soberano de derecho a soberano de hecho, de poder temporal a poder espiritual.

Esos odios son los peores.

Claude quería mucho a Albin y no pensaba en el jefe.

Un día, una mañana, en el momento en que los condenados pasaban de dos en dos del dormitorio al taller, un carcelero llamó a Albin, que estaba junto a Claude, y le dijo que el jefe le llamaba.

—¿Por qué te llama? —preguntó Claude.

—No lo sé —contestó Albin.

El carcelero se llevó a Albin.

Pasó la mañana y Albin no volvió al taller. Cuando llegó la hora de la comida, Claude pensó que volvería a encontrar a Albin en el patio, pero Albin no estaba allí. Volvieron al taller y Albin no reapareció en el taller. Así

transcurrió el día. Por la noche, cuando llevaron a los presos al dormitorio, Claude buscó a Albin con la mirada, pero no lo vio. Parece que sufría mucho en ese momento, pues dirigió la palabra a un carcelero, lo que jamás hacía.

—¿Es que Albin está enfermo? —le preguntó.

—No —respondió el carcelero.

—¿A qué se debe, pues, que no haya reaparecido hoy?

—¡Ah! —dijo negligentemente el carcelero—, es que le han cambiado de sección.

Los testigos que han declarado acerca de estos hechos posteriormente observaron que al oír esa respuesta del carcelero la mano de Claude, que sostenía una vela encendida, tembló ligeramente. Volvió a preguntar con calma:

—¿Quién ha dado esa orden?

El carcelero contestó:

—M. D.

El jefe de los talleres se llamaba M. D.

El día siguiente pasó como el anterior, sin Albin.

Al anoecer, a la hora en que terminaba el trabajo, el jefe M. D. fue a hacer su ronda habitual en el taller. Cuando lo vio a lo lejos, Claude se quitó la gorra de lana gruesa, se abotonó la chaqueta gris, triste librea de Clairvaux, pues es un principio de las prisiones que una chaqueta respetuosamente abotonada influye favorablemente en los superiores, y se quedó en pie con la gorra en la mano a la entrada de su banco, esperando el paso del jefe. El jefe pasó.

—Señor —le dijo Claude.

El jefe se detuvo y se volvió a medias.

—Señor —repitió Claude—, ¿es cierto que han cambiado de sección a Albin?

—Sí —contestó el jefe.

—Señor —continuó Claude—, necesito a Albin para vivir.

Y añadió:

—Usted sabe que la ración de la casa no es suficiente para mí y que Albin compartía su pan conmigo.

—Eso era asunto suyo.

—Señor, ¿no habría modo de hacer que Albin vuelva a la misma sección que yo?

—Es imposible. Se ha tomado una decisión.

—¿Quién la ha tomado?

—Yo.

—Señor D., es para mí una cuestión de vida o muerte, y depende de usted.

—Yo nunca me vuelvo atrás en mis decisiones.

—Señor, ¿le he hecho yo algo?

—Nada.

—En ese caso, ¿por qué me separa de Albin?

—Porque sí —contestó el jefe.

Y dada esa explicación, siguió adelante.

Claude bajó la cabeza y no replicó. Era un pobre león enjaulado al que le quitaban su cachorro.

Nos vemos obligados a decir que el pesar por esa separación no alteró en modo alguno la voracidad hasta cierto punto enfermiza del preso. Por lo demás, nada pareció cambiar en él visiblemente. No hablaba de Albin a ninguno de sus compañeros. Se paseaba solo por el patio en las horas de recreo y tenía hambre. Nada más.

Sin embargo, quienes lo conocían bien observaron que algo siniestro y sombrío se adensaba cada día más en su rostro. Por lo demás, se mostraba más afable que nunca.

Muchos quisieron compartir su ración con él, pero él se negó sonriendo.

Todas las noches, desde la explicación que le había dado el jefe, hacía algo absurdo que sorprendía en un hombre tan serio. En el momento en que el jefe, llevado a hora fija por su gira habitual, pasaba por delante de Claude, Claude levantaba la vista y le miraba fijamente, y luego le decía, en un tono lleno de angustia y de ira que tenía a la vez algo de súplica y de amenaza, solamente dos palabras: «¿Y Albin?». El jefe simulaba que no le oía y se alejaba encogiéndose de hombros.

Aquel hombre hacía mal en encogerse de hombros, pues era evidente para todos los espectadores de esas escenas extrañas que Claude Gueux estaba interiormente decidido a algo. Toda la prisión esperaba con ansiedad cuál sería el resultado de esa lucha entre una tenacidad y una resolución.

Se ha comprobado que una vez entre otras Claude le dijo al jefe:

—Escuche, señor, devuélvame a mi compañero. Hará usted bien, se lo aseguro. Tenga en cuenta lo que le digo.

En otra ocasión, un domingo, cuando él se hallaba en el patio, sentado en una piedra, con los codos en las rodillas y la frente en las manos, inmóvil desde hacía muchas horas en la misma actitud, el condenado Faillette se le acercó y le preguntó riendo:

—¿Qué diablos haces aquí?

Claude levantó lentamente la cabeza severa y contestó:

—Juzgo a alguien.

Por fin una tarde, el 25 de octubre de 1831, en el momento en que el jefe hacía su ronda, Claude rompió ruidosamente con el pie un cristal de reloj que había encontrado por la mañana en un corredor. El jefe preguntó de dónde venía ese ruido.

—No es nada —dijo Claude—, lo he hecho yo. Señor jefe, devuélvame a Albin, devuélvame a mi compañero.

—Imposible —replicó el jefe.

—Sin embargo, es necesario —dijo Claude en voz baja y firme, y mirando al otro en la cara, añadió—: Reflexione. Hoy es el 25 de octubre. Le doy de plazo hasta el 4 de noviembre.

Un carcelero hizo observar a M. D. que Claude le amenazaba y que era un caso de calabozo.

—No, nada de calabozo —dijo el jefe con una sonrisa desdeñosa—. Hay que ser bueno con esta gente.

Al día siguiente el condenado Pernot se acercó a Claude, que se paseaba solo y pensativo, dejando que los otros presos retozaran en un pequeño cuadrado de sol en el otro extremo del patio.

—Y bien, Claude, ¿en qué piensas? Pareces triste.

—Me temo —contestó Claude— que pronto le ocurra alguna desgracia a ese buen M. D.

Hay nueve días completos desde el 25 de octubre hasta el 4 de noviembre. Claude no dejó pasar uno solo sin advertir seriamente al jefe el estado cada vez más doloroso en que le ponía la desaparición de Albin. El jefe, cansado, le impuso en una ocasión veinticuatro horas de calabozo, porque la súplica se parecía demasiado a una intimación. Eso fue lo único que obtuvo Claude.

Llegó el 4 de noviembre. Ese día Claude se despertó con un rostro sereno que no le habían visto desde el día en que la decisión de M. D. le había



separado de su amigo. Cuando se levantó registró una especie de caja de madera blanca que estaba al pie de su catre y que contenía sus harapos. Sacó de ella unas tijeras de costurera. Eran, con un volumen descabaldo del Emilio, lo único que le quedaba de la mujer que había amado, de la madre de su hijo, de su pequeño hogar feliz de antaño. Eran dos cosas inútiles para Claude, pues las tijeras sólo podían servirle a una mujer y el libro a alguien que supiera leer. Claude no sabía coser ni leer.

En el momento en que cruzaba por el viejo claustro profanado y blanqueado con cal que sirve de paseo cubierto en el invierno, se acercó al condenado Ferrari que contemplaba con atención los enormes barrotes de una ventana. Claude tenía en la mano las tijeras. Las mostró a Ferrari y le dijo:

—Esta tarde cortaré estos barrotes con estas tijeras.

Ferrari, incrédulo, se echó a reír, y Claude también.

Esa mañana trabajó con más entusiasmo que de costumbre; nunca lo había hecho tan rápidamente y tan bien. Parecía tener interés en terminar por la mañana un sombrero de paja que le había pagado de antemano un honrado burgués de Troyes, el señor Bressier.

Un poco antes del mediodía bajó con un pretexto al taller de carpintería, situado en la planta baja, debajo del piso donde él trabajaba. A Claude le querían allí como en otras partes, pero entraba raras veces.

—¡Cómo! ¡Aquí viene Claude!

Lo rodearon. Fue una fiesta. Claude lanzó una mirada rápida a la sala. No estaba en ella ningún celador.

—¿Quién me puede prestar un hacha? —preguntó.

—¿Para qué? —quisieron saber.

Y contestó:

—Es para matar esta noche al jefe de los talleres.

Le ofrecieron muchas hachas para que eligiera. Tomó la menor, que estaba muy afilada, la ocultó en su pantalón y salió. Se hallaban presentes veintisiete presos. No les recomendó el secreto, pero todos lo guardaron.

Ni siquiera hablaron del asunto entre ellos.

Todos esperaban qué sucedería. La cosa era terrible, directa y sencilla. No era posible complicación alguna. A Claude no se le podía aconsejar ni denunciar.

Una hora después se acercó a un joven preso de dieciséis años que bostezaba en el paseo cubierto y le aconsejó que aprendiera a leer. En ese

momento el detenido Faillette se acercó a Claude y le preguntó qué diablos ocultaba en el pantalón. Claude le dijo:

—Es un hacha para matar a M. D. esta noche —y añadió—: ¿Es que se la ve?

—Un poco —contestó Faillette.

El resto del día transcurrió como de costumbre. A las siete de la tarde encerraron a los presos, cada sección en el taller que le estaba asignado, y los celadores salieron de las salas de trabajo, como parece que es la costumbre, para no volver hasta después de la visita del jefe.

A Claude Gueux lo encerraron, pues, como a los otros en su taller con sus compañeros de trabajo.

Entonces se produjo en ese taller una escena extraordinaria, una escena que no carecía de majestuosidad y terror, la única de esa clase que pudiera relatar una historia.

Estaban presentes, como lo comprobó la instrucción judicial realizada después, ochenta y dos ladrones, incluido Claude.

Una vez que los celadores los dejaron solos, Claude se subió a su banco y anunció a todos los reunidos que tenía algo que decirles. Se hizo el silencio y entonces Claude elevó la voz y dijo:

—Todos sabéis que Albin era mi hermano. Para mí no es suficiente lo que me dan aquí de comer. Aunque comprase pan con lo poco que gano, no me bastaría. Albin compartía su ración conmigo; yo le quería al principio porque me alimentaba y luego porque me quería. El jefe M. D. nos separó. No le perjudicaba que estuviéramos juntos, pero es un malvado que goza atormentando. Le he pedido que me devuelva a Albin, y habéis visto que no ha querido hacerlo. Le di de plazo hasta el 4 de noviembre para que me devolviera a Albin. Me hizo encerrar en el calabozo por haber dicho eso. Durante ese tiempo le he juzgado y condenado a muerte. Hoy es el 4 de noviembre. Vendrá dentro de dos horas para hacer su inspección. Os prevengo que lo voy a matar. ¿Tenéis algo que decir?

Todos guardaron silencio.

Claude siguió hablando. Al parecer, hablaba con una elocuencia rara, que por otra parte le era natural. Declaró que sabía muy bien que iba a cometer una acción violenta, pero no creía obrar mal. Puso por testigo a la conciencia de los ochenta ladrones que le escuchaban de:

que se hallaba en una situación angustiosa;

que la necesidad de hacerse justicia a sí mismo era un callejón sin salida

donde se encontraba metido a veces;

que en verdad no podía tomar la vida del jefe sin dar la suya propia, pero le parecía bien dar su vida por una causa justa;

que había reflexionado maduramente, y sólo acerca de eso, desde hacía dos meses;

que creía no dejarse arrastrar por el resentimiento, pero que en el caso de que fuera así, suplicaba que se le advirtiese;

que sometía honradamente sus razones a los hombres justos que lo rodeaban;

que, en consecuencia, iba a matar a M. D., pero si alguien tenía alguna objeción que hacerle, estaba dispuesto a escucharle.

Sólo se alzó una voz y dijo que antes de matar al jefe, Claude debía tratar una última vez de hablarle y ablandarle.

—Eso es justo —dijo Claude— y lo haré.

Dieron las ocho en el gran reloj. El jefe debía ir a las nueve.

Una vez que ese extraño tribunal de casación ratificó en cierto modo la sentencia que él había dictado, Claude recobró toda su serenidad. Puso en una mesa todo lo que poseía en ropa blanca e indumento, los pobres despojos de un preso y, llamando, uno tras otro, a los compañeros que más quería después de Albin, les distribuyó todo. Sólo conservó el pequeño par de tijeras.

Luego abrazó a todos. Algunos lloraban y él les sonreía.

Hubo en esa última hora instantes en que conversó con tanta tranquilidad y hasta jovialidad que muchos de sus compañeros esperaban interiormente, como declararon luego, que tal vez abandonaría su resolución. Inclusive una vez se divirtió apagando con el soplo de la nariz una de las raras velas que iluminaban el taller, pues poseía malos hábitos de educación que estropeaban su dignidad natural con más frecuencia que la que habría sido conveniente. Nada podía hacer que el pilluelo de otro tiempo no oliese en ciertos momentos al arroyo de París.

Vio a un joven condenado que estaba pálido, le miraba con los ojos fijos y temblaba, sin duda esperando lo que iba a ver.

—¡Vamos, valor, joven! —le dijo Claude en voz baja—, eso será cosa de un instante.

Cuando hubo distribuido todas sus ropas, hecho todas las despedidas y estrechado todas las manos, interrumpió algunas charlas inquietas que tenían lugar aquí y allá en los rincones oscuros del taller, y ordenó que volvieran a

trabajar. Todos le obedecieron en silencio.

El taller donde sucedía eso era una sala oblonga, un largo paralelogramo con ventanas en los dos lados grandes y dos puertas que se enfrentaban en los dos extremos. Los telares estaban alineados a cada lado cerca de las ventanas, los bancos tocaban la pared en ángulo recto, y el espacio que quedaba libre entre las dos hileras de telares formaba una especie de largo pasillo que iba en línea recta de una de las puertas a la otra y atravesaba así toda la sala. Era ese largo pasillo, bastante estrecho, el que el jefe tenía que recorrer al hacer su inspección; debía entrar por la puerta del sur y salir por la del norte después de examinar a los obreros a derecha e izquierda. Ordinariamente hacía ese trayecto bastante rápidamente y sin detenerse.

Claude había vuelto a sentarse en su banco y reanudado el trabajo; como Jacques Clément volvió a rezar.

Todos esperaban. El momento se acercaba. De pronto se oyó una campanada. Claude dijo:

—Son las nueve menos cuarto.

Se levantó, cruzó gravemente una parte de la sala y fue a acodarse en el ángulo del primer telar de la izquierda, al lado de la puerta de entrada. Tenía el rostro completamente tranquilo y benévolo.

Dieron las nueve. La puerta se abrió. El jefe entró.

En ese momento se hizo en el taller un silencio de estatuas.

El jefe estaba solo como de costumbre.

Entró con el rostro jovial, satisfecho e inexorable, no vio a Claude, que estaba en pie a la izquierda de la puerta, con la mano derecha oculta en el pantalón, y pasó rápidamente por delante de los primeros telares, moviendo la cabeza, mascando las palabras, y lanzando aquí y allá su mirada vulgar, sin darse cuenta de que todos los ojos que lo rodeaban estaban fijos en una idea terrible.

De pronto se volvió bruscamente, sorprendido al oír pasos a su espalda.

Era Claude, que le seguía en silencio desde hacía unos instantes.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó—. ¿Por qué no estás en tu lugar?

Pues allí un hombre no es un hombre, sino un perro, y se le tutea.

Claude Gueux respondió respetuosamente:

—Es que tengo que hablarle, señor jefe.

—¿De qué?

—De Albin.

—¡Otra vez!

—¡Siempre!

—Entonces —dijo el jefe mientras seguía avanzando—, ¿no te han bastado veinticuatro horas de calabozo?

Claude respondió sin dejar de seguirle:

—Señor jefe, devuélvame a mi compañero.

—¡Imposible!

—Señor jefe —dijo Claude con una voz que habría enternecido al demonio —, se lo suplico, vuelva a poner a Albin conmigo y verá qué bien trabajaré. A usted que está libre eso no le importa, no sabe lo que es un amigo, pero yo no tengo más que las cuatro paredes de la prisión. Usted puede ir y venir; yo no tengo más que a Albin. Devuélvame. Albin me alimentaba, usted lo sabe muy bien. Eso no le costaría más que el esfuerzo de decir que sí. ¿Qué puede importarle a usted que estén en la misma sala un hombre que se llama Claude Gueux y otro que se llama Albin? Pues el asunto no es más complicado. Señor jefe, mi buen señor D., ¡se lo suplico encarecidamente, en nombre del cielo!

Claude tal vez nunca había dicho tanto de una vez a un carcelero. Tras ese esfuerzo, exhausto, esperó. El jefe replicó con un gesto de impaciencia:

—Imposible. Ya está dicho. Vamos, no me vuelvas a hablar de eso. Me fastidias.

Y, como si tuviera prisa, dobló el paso. Claude también. Hablando así llegaron ambos hasta cerca de la puerta de salida; los ochenta ladrones miraban y escuchaban, jadeantes.

Claude asió suavemente el faldón de la chaqueta del jefe, y le dijo:

—Pero al menos que yo sepa por qué estoy condenado a muerte. Dígame por qué lo ha separado de mí.

—Ya te lo he dicho —contestó el jefe—. Porque sí.

Y, dando la espalda a Claude, adelantó la mano hacia el picaporte de la puerta de salida.

Al oír la respuesta del jefe Claude retrocedió un paso. Las ochenta estatuas presentes vieron salir del pantalón la mano derecha con el hacha. Esa mano se levantó y antes que el jefe pudiera gritar, tres hachazos y, lo que es espantoso, asestados los tres en la misma ranura, le había abierto el cráneo. En el momento en que caía de espaldas un cuarto hachazo le acuchilló el rostro. Luego, como el furor una vez lanzado no se detiene de pronto, Claude Gueux

le hirió el muslo izquierdo con un quinto hachazo inútil. El jefe estaba muerto.

Claude arrojó el hacha y gritó:

—¡Ahora el otro!

El otro era él. Vieron que sacaba de la chaqueta las tijeras de «su mujer» y, sin que nadie pensase en impedirselo, se las hundió en el pecho. Las tijeras eran cortas y el pecho profundo. Durante largo tiempo volvió a clavárselas más de veinte veces mientras gritaba:

—¿No te encontraré, corazón de condenado?

Por fin cayó bañado en sangre, desmayado sobre el muerto.

¿Cuál de los dos era la víctima del otro?

Cuando Claude recobró el conocimiento estaba en una cama, cubierto de vendas y rodeado de atenciones. Junto a su cabecera se hallaban unas buenas Hermanas de la Caridad y un juez de instrucción que le preguntó con mucho interés:

—¿Cómo se encuentra usted?

Había perdido gran cantidad de sangre, pero las tijeras con las que había tenido la superstición conmovedora de herirse habían cumplido mal su misión; ninguno de los golpes que se había asestado era peligroso. Las únicas heridas mortales para él eran las que había hecho a M. D.

Los interrogatorios comenzaron. Le preguntaron si era él quien había matado al jefe de los talleres de la cárcel de Clairvaux, y contestó: «Sí». Le preguntaron por qué, y contestó: «Porque sí».

Entretanto, en cierto momento sus heridas se gangrenaron y le sobrevino una fiebre de la que estuvo a punto de morir.

Noviembre, diciembre, enero y febrero pasaron en cuidados y preparativos: médicos y jueces se atareaban alrededor de Claude; unos curaban sus heridas y los otros preparaban su cadalso.

Abreviemos. El 16 de marzo de 1832 compareció, completamente curado, ante la audiencia de lo criminal de Troyes. Toda la gente que podía dar la ciudad estaba presente.

Claude mantuvo una buena actitud ante el tribunal. Se había hecho afeitar con cuidado, tenía la cabeza descubierta y vestía el triste uniforme de los presos de Clairvaux, dividido en dos matices de gris.

El fiscal del rey había llenado la sala de bayonetas, «con el fin —dijo— de reprimir a todos los facinerosos que deben figurar como testigos en el proceso».

Cuando comenzó la vista se presentó una dificultad singular: ninguno de los testigos de los hechos del 4 de noviembre quiso declarar contra Claude. El presidente les amenazó con su poder discrecional, pero fue en vano. Entonces Claude les ordenó que declararan. Todas las lenguas se desataron y dijeron lo que habían visto.

Claude escuchaba a todos con profunda atención. Cuando uno de ellos, por olvido, o por afecto a Claude, omitía hechos que perjudicaban al acusado, Claude los restablecía.

De testimonio en testimonio, la serie de hechos que hemos expuesto se desarrolló ante el tribunal.

Hubo un momento en que las mujeres presentes lloraron. El ujier llamó al condenado Albin. Era su turno para declarar. Entró tambaleando y sollozaba. Los gendarmes no pudieron impedir que fuera a caer en los brazos de Claude. Claude lo sostuvo y dijo sonriendo al fiscal:

—He aquí un facineroso que comparte su pan con quienes tienen hambre.

Luego besó la mano de Albin.

Agotada la lista de los testigos, el señor fiscal del rey se levantó y habló en estos términos:

—Señores jurados: la sociedad se conmovería hasta sus cimientos si la vindicta pública no alcanzase a los grandes culpables como el que... etcétera.

Después de este discurso memorable habló el abogado de Claude. El alegato en contra y el alegato en favor hicieron, cada uno a su turno, las evoluciones que acostumbran a hacer en esa especie de hipódromo al que llaman proceso criminal.

Claude juzgó que no se había dicho todo. Se levantó también y habló de tal manera que una persona inteligente que asistió a esa audiencia volvió de ella asombrada.

Parecía que aquel obrero era un orador más bien que un asesino. Habló en pie, con una voz penetrante y bien administrada, la mirada clara, honrada y resuelta, y un gesto que era casi siempre el mismo, pero imperioso. Dijo las cosas tales como era, sencillamente, seriamente, sin exagerar ni atenuar; convicto de todo, hizo frente al artículo 296 y puso su cabeza debajo de él. Tuvo momentos de verdadera gran elocuencia que conmovieron a los espectadores y en los que éstos se repetían al oído lo que acababa de decir.

Eso producía un murmullo durante el cual Claude recobraba el aliento y lanzaba una mirada altiva a los presentes.

Sólo en una ocasión se dejó llevar por un arrebató de ira. El fiscal había

dicho en el discurso que hemos citado que Claude Gueux había asesinado al jefe de los talleres sin vías de hecho ni violencia por parte de ese jefe y, por consiguiente, sin provocación.

—¡Cómo! —exclamó Claude—. ¡Que no me provocó! ¡Ah, sí, ciertamente, es justo, le comprendo! Un hombre ebrio me da un puñetazo, yo lo mato, he sido provocado, ustedes me perdonan y no me envían a las galeras. ¡Pero un hombre que no está ebrio me aprieta el corazón durante cuatro años, me humilla durante cuatro años, me pincha todos los días, en todas las horas, en todos los minutos con un alfilerazo en algún lugar inesperado durante cuatro años! Yo tenía una mujer por la que robé y él me tortura con esa mujer; yo tenía un hijo por el que robé y me tortura con ese hijo; yo no tengo bastante pan y un amigo me lo da, y él me quita el amigo y el pan. Le pido que me devuelva el amigo y me encierra en el calabozo. Le trato de usted a ese polizonte y él me tutea. Le digo que sufro y me dice que le fastidio. Entonces, ¿qué quieren que haga? Le mato. Está bien, soy un monstruo, no he sido provocado, y ustedes me cortan la cabeza. Háganlo.

Movimiento sublime, en nuestra opinión, que hacía surgir de pronto, por encima del sistema de la provocación material, en el que se apoya la escala mal proporcionada de las circunstancias atenuantes, toda una teoría de la provocación moral olvidada por la ley.

Terminados los alegatos, el presidente hizo su resumen imparcial y luminoso, del que resultaba esto: una vida vil y un monstruo. Claude Gueux había comenzado viviendo en concubinato con una ramera, luego había robado y después asesinado. Todo eso era cierto.

En el momento de enviar a los jurados a su sala el presidente preguntó al acusado si tenía algo que decir sobre las conclusiones.

—Poca cosa —contestó Claude—. Solamente esto: soy un ladrón y un asesino; he robado y matado. ¿Pero por qué robé, por qué maté? Háganse esas dos preguntas, señores jurados.

Tras un cuarto de hora de deliberación, en virtud de la declaración de los doce champañeses a los que llamaban señores jurados, Claude Gueux fue condenado a muerte.

Es cierto que desde el comienzo de la vista muchos de ellos habían observado que el acusado se apellidaba Gueux, lo que les había causado una impresión profunda.

Leyeron la sentencia a Claude, quien se limitó a decir:

—Está bien. ¿Pero por qué ha robado ese hombre? ¿Por qué ha matado ese hombre? Son dos preguntas a las que no responden.



Cuando volvió a la prisión cenó alegremente y dijo:

—¡Treinta y seis años de hazañas!

No quiso apelar. Una de las monjas que le habían atendido fue a rogarle que lo hiciera con lágrimas en los ojos. Apeló para complacerla. Parece que se resistió hasta el último instante, pues en el momento en que firmó la apelación en el registro de la escribanía el plazo legal de tres días había expirado unos minutos antes.

La pobre muchacha agradecida le dio cinco francos. Él tomó el dinero y le dio las gracias.

Mientras esperaba el resultado de la apelación le hicieron varias ofertas de evasión los presos de Troyes, todos los cuales le apreciaban, pero él las rechazó.

Los presos arrojaron sucesivamente en su calabozo, por el tragaluz, un clavo, un trozo de alambre y un asa de balde. Cada una de esas tres cosas le habría bastado a un hombre tan inteligente como Claude para limar sus grilletes. Entregó el asa, el alambre y el clavo al carcelero.

El 8 de junio de 1832, siete meses y cuatro días después del hecho, llegó la expiación, pede claudu, como se ve. Ese día, a las siete de la mañana, el escribano del tribunal entró en el calabozo de Claude y le anunció que sólo le quedaba una hora de vida.

Su apelación era rechazada.

—Vamos —dijo Claude fríamente—. He dormido bien esta noche, sin sospechar que dormiré mejor en la próxima.

Parecería que las palabras de los hombres fuertes deben adquirir siempre cierta grandeza al acercarse la muerte.

Llegó el sacerdote, y luego el verdugo. Se mostró humilde con el sacerdote y amable con el otro. No negó su alma ni su cuerpo.

Conservó una despreocupación completa. Mientras le cortaban el cabello alguien habló, en un rincón del calabozo, del cólera que amenazaba a Troyes en ese momento.

—Yo —dijo Claude sonriendo— no temo al cólera.

Por lo demás, escuchó al sacerdote con una gran atención, acusándose mucho y lamentando no haber sido instruido en la religión.

A pedido suyo, le entregaron las tijeras con las que se había herido. Le faltaba una hoja que se había roto en su pecho. Rogó al carcelero que llevara de su parte esas tijeras a Albin. Dijo también que deseaba que añadieran a ese

legado la ración de pan que le habría correspondido a él ese día.

Pidió a los que le ataron las manos que pusieran en su mano derecha la moneda de cinco francos que le había dado la monja, lo único que le quedaría en adelante.

A las ocho menos cuarto salió de la prisión, con todo el lúgubre cortejo ordinario de los condenados. Iba a pie, pálido, con la vista fija en el crucifijo del sacerdote, pero caminando con paso firme.

Habían elegido ese día para la ejecución porque era día de mercado, con el fin de que hubiera el mayor número de miradas posible a su paso, pues parece que hay todavía en Francia poblaciones semisalvajes donde, cuando la sociedad mata a un hombre, se jactan de ello.

Subió al patíbulo gravemente, con la vista siempre fija en la Cruz. Quiso abrazar al sacerdote y luego al verdugo, agradeciendo al uno y perdonando al otro. El verdugo lo rechazó suavemente, según un relato. En el momento en que el ayudante le ataba a la terrible máquina hizo seña al sacerdote para que tomara la moneda de cinco francos que tenía en la mano derecha y le dijo:

—Para los pobres.

Como daban las ocho en ese momento, el ruido de la campana del reloj cubrió su voz y el confesor le dijo que no le entendía. Claude esperó el intervalo entre dos toques y repitió:

—Para los pobres.

El octavo toque no había sonado todavía cuando cayó aquella cabeza noble e inteligente.

¡Admirable efecto de las ejecuciones públicas! Ese mismo día, cuando la máquina se alzaba todavía entre ellos y no la habían lavado, la gente del mercado se rebeló por una cuestión de tarifas y estuvo a punto de asesinar a un empleado de la administración de consumos. ¡Qué pueblo bondadoso hacen esas leyes!

Hemos creído que debíamos relatar detalladamente la historia de Claude Gueux porque, en nuestra opinión, todos los párrafos de esta historia podrían servir de cabezas de capítulo del libro en que se resolviera el gran problema del pueblo en el siglo XIX.

En esta vida importante hay dos fases principales: antes de la caída y después de la caída; y bajo esas dos fases dos cuestiones: la cuestión de la educación y la cuestión de la penalidad; y entre esas dos cuestiones la sociedad entera.

Ese hombre, ciertamente, estaba bien constituido, bien organizado y bien

dotado. ¿Qué le faltaba en consecuencia? Reflexionad.

Ése es el gran problema de proporción cuya solución, todavía por hallar, traerá consigo el equilibrio universal: Que la sociedad haga siempre por el individuo tanto como la naturaleza.

Ved a Claude Gueux. Cerebro bien hecho, corazón bien hecho, sin duda alguna. Pero la suerte lo coloca en una sociedad tan mal hecha que termina robando; la sociedad lo encierra en una prisión tan mal hecha que termina matando.

¿Quién es realmente el culpable?

¿Es él?

¿Somos nosotros?

Preguntas severas, preguntas punzantes que solicitan en este momento todas las inteligencias, que nos tiran a todos por el faldón de la chaqueta y que un día nos cerrarán tan completamente el camino que habrá que mirarlas de frente para saber qué quieren de nosotros.

Quien escribe estas líneas tal vez tratará pronto de decir de qué manera las entiende.

Cuando se está en presencia de tales hechos, cuando se piensa en la manera como esas cuestiones nos acosan, uno se pregunta en qué piensan los que gobiernan si no piensan en eso.

Las Cámaras están todos los años seriamente ocupadas. Es, sin duda, muy importante desinflar las sinecuras y descocar el presupuesto; es muy importante hacer leyes para que yo vaya, disfrazado de soldado, a hacer patrióticamente la guardia en la puerta del señor conde de Lobau, a quien no conozco ni deseo conocer, o para obligarme a desfilar en el cuartel de Marigny por la voluntad arbitraria de mi almacenero, del que han hecho mi oficial.

Es importante que los diputados o ministros machaquen y zarandeen todas las cosas y todas las ideas de este país en discusiones llenas de abortos; es esencial, por ejemplo, poner en el banquillo de los acusados e interrogar a grandes gritos, y sin saber lo que se dice, al arte del siglo XIX, a ese grande y severo acusado que no se digna responder y hace bien en no dignarse; es conveniente que gobernantes y legisladores pasen su tiempo en conferencias clásicas que hacen encogerse de hombros a los maestros de escuela de los arrabales; es útil declarar que es el drama moderno el que ha inventado el adulterio, el incesto, el parricidio, el infanticidio y el envenenamiento, y demostrar con eso que no se conoce a Fedra, ni Yocasta, ni Edipo, ni Medea, ni Rodoguna; es indispensable que los oradores políticos de este país discutan, durante tres largos días, a propósito del presupuesto, a Corneille y Racine

contra no se sabe quién, y aprovechen esta ocasión literaria para hundirse los unos a los otros a cual más en la garganta, hasta la cazoleta, grandes faltas de francés.

Todo eso es importante, pero creemos que podría haber cosas más importantes.

¿Qué diría la Cámara, en medio de las fútiles disputas que con tanta frecuencia se entablan entre el ministerio y la oposición si de pronto en los bancos de la Cámara o de la tribuna pública, lo mismo da, alguien se levantara y dijese estas palabras serias?:

—¡Callaos, quienes quiera que seáis los que habláis aquí, callaos! Creéis estar en la cuestión, pero no lo estáis.

La cuestión es ésta. Hace apenas un año la justicia despedazó a un hombre en Pamiers con un cuchillo; en Dijon acaba de arrancar la cabeza a una mujer; en París hace, en la barrera Saint-Jacques, ejecuciones inéditas.

Ésa es la cuestión. Ocupaos de ella.

Luego discutiréis si los botones del uniforme de la guardia nacional deben ser blancos o amarillos y si la seguridad es mejor que la certidumbre.

Señores de los centros, señores de los extremos, la mayoría del pueblo sufre.

Ya lo llaméis república o ya lo llaméis monarquía, el pueblo sufre. Eso es un hecho.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frío. La miseria lo impulsa al crimen o al vicio, según el sexo. Compadeceos del pueblo, al que el presidio le quita los hijos y el lupanar las hijas. Tenéis demasiados presidiarios y demasiadas prostitutas.

¿Qué prueban estas dos úlceras?

Que el cuerpo social tiene un vicio en la sangre.

Estáis reunidos en consulta en la cabecera del enfermo; ocupaos de la enfermedad.

Tratáis mal esa enfermedad. Estudiadla mejor. Las leyes que hacéis, cuando las hacéis, no son sino paliativos y expedientes. La mitad de vuestros códigos es rutina y la otra mitad empirismo.

La marcha infamante era una cauterización que gangrenaba la llaga, una penalidad insensata que sellaba y remachaba el crimen en el criminal para toda la vida, que hacía de ellos dos amigos, dos compañeros, dos inseparables.

El presidio es un vejigatorio absurdo que reabsorbe, no sin haberlo hecho

todavía peor, casi toda la mala sangre que extrae. La pena de muerte es una amputación bárbara.

Ahora bien, la marca infamante, el presidio y la pena de muerte son tres cosas que se relacionan. Habéis suprimido la marca infamante; si sois lógicos, suprimid el resto.

El hierro al rojo, la cadena y la cuchilla de la guillotina eran las tres partes de un silogismo.

Habéis suprimido el hierro al rojo; la cadena y la cuchilla ya no tienen sentido. Farinace era atroz, pero no era absurdo.

Desmontad esa vieja escala renca de delitos y penas y rehacedla. Rehaced vuestra penalidad, rehaced vuestros códigos, rehaced vuestras cárceles, rehaced vuestros jueces. Volved a poner las leyes al paso de las costumbres.

Señores, se cortan demasiadas cabezas cada año en Francia. Puesto que queréis hacer economías, hacedlas también en esto.

Puesto que os dedicáis a suprimir cosas, suprimid al verdugo. Con el sueldo de vuestros ochenta verdugos pagaréis a seiscientos maestros de escuela.

Pensad en la mayoría del pueblo. Hacen falta escuelas para los niños y talleres para los hombres.

¿Sabéis que Francia es uno de los países de Europa donde hay menos nativos que saben leer? ¡Cómo! Suiza sabe leer, Bélgica sabe leer, Dinamarca sabe leer, Grecia sabe leer, Irlanda sabe leer, ¿y Francia no sabe leer? Es vergonzoso.

Id a los presidios. Reunid a vuestro alrededor a toda la chusma. Examinad uno por uno a todos los condenados por la ley humana. Calculad la inclinación de todos esos perfiles, tantead todos esos cráneos. Cada uno de esos hombres caídos tiene debajo de él su tipo bestial; parece que cada uno de ellos es el punto de intersección de tal o cual especie animal con la humanidad. Aquí está el lobo cerval, aquí el gato, aquí el mono, aquí el buitre, aquí la hiena. Ahora bien, la primera culpable de esas pobres cabezas mal conformadas es la naturaleza y la segunda la educación.

La naturaleza ha esbozado mal y la educación ha retocado mal el esbozo. Atended a esto último, dad una buena educación al pueblo, desarrollad lo mejor que podáis esas cabezas desdichadas para que pueda aumentar la inteligencia que hay en ellas.

Las naciones tienen el cráneo bien o mal hecho de acuerdo con sus instituciones.

Roma y Grecia tenían la frente alta. Abrid lo más que podáis el ángulo facial del pueblo.

Cuando Francia sepa leer no dejéis sin dirección esa inteligencia que habréis desarrollado. Eso sería otro desorden. La ignorancia es mejor que la mala ciencia. No. Recordad que hay un libro más filosófico que El compadre Mathieu, más popular que Le Constitutionnel y más eterno que la constitución de 1830; es la Sagrada Escritura. Y aquí una palabra de explicación.

Cualquier cosa que hagáis, la suerte de la muchedumbre, de la multitud, de la mayoría será siempre relativamente pobre, desdichada y triste. A ella le corresponderá siempre empujar las cargas, arrastrar las cargas, llevar las cargas.

Examinad esta balanza: Todos los goces están en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿Las dos partes no son desiguales? ¿La balanza no tiene que inclinarse necesariamente, y el Estado con ella?

Y ahora en la suerte del pobre, en el platillo de las miserias, arrojad la certidumbre de un porvenir celestial, la aspiración a la dicha eterna, el Paraíso. ¡Qué contrapeso magnífico! Restablecéis el equilibrio. La parte del pobre es tan valiosa como la parte del rico.

Eso es lo que sabía Jesús, quien sabía más que Voltaire.

Dad al pueblo que trabaja y que sufre, dad al pueblo, para el que este mundo es tan malo, la creencia en un mundo mejor hecho para él.

Se mostrará tranquilo y paciente. La paciencia está hecha con esperanza.

Por consiguiente, sembrad las aldeas con evangelios. Una Biblia en cada choza. Que cada libro y cada campo produzcan entre los dos un trabajador moral.

La cabeza del hombre del pueblo: tal es la cuestión. Esa cabeza está llena de gérmenes útiles. Emplead para que madure y funcione bien lo más luminoso y mejor templado que hay en la virtud.

En las carreteras ha asesinado alguien que, mejor dirigido, habría sido el servidor de la ciudad más excelente.

Cultivad esa cabeza del hombre del pueblo, desbrozadla, fecundadla, ilustradla, moralizadla, utilizadla, y no tendréis necesidad de cortarla.

**Freeditorial** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)